



VOL: AÑO 8, NUMERO 23

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1993

TEMA: LAS SOCIOLOGIAS ESPECIALIZADAS: Un estado de la cuestión

TITULO: **La sociedad de masas: Por una sociología de las masas**

AUTOR: *Francisco Salazar Sotelo* [*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

Me siento como un átomo entre otros tres millones de átomos, sin ningún sentimiento personal.

Anónimo

RESUMEN:

La sociedad de masas surge de la conjunción de tres factores fundamentales: la industrialización, la urbanización y la concentración poblacional. De forma simultánea a su desarrollo, aparecen los primeros esfuerzos por teorizarla desde diversas ópticas; de igual forma, se inicia la reflexión sobre las masas y las posibles causas que explican sus comportamientos. En el presente trabajo se exponen tres interpretaciones sobre las masas (Ortega y Gasset, Canneti y Baudrillard), con el objeto de llamar la atención sobre la necesidad de crear, desde una perspectiva multidisciplinaria, una nueva especialización llamada sociología de las masas.

ABSTRACT:

Mass Society. Towards a Sociology of Masses.

Mass society emerges from the conjunction of three fundamental factors: industrialization, urbanization and concentration of population. At the same time as its development, the first attempts to theorize them appeared from different points of view; in the same way, reflection about the masses begins as well as the possible causes which explain behaviour. In this article three interpretations of the masses are put forward (Ortega y Gasset, Canneti and Baudrillard), with the objective of bringing to the attention the need to create a new specialization called "sociology of masses", from a multi-disciplinary perspective.

TEXTO

Introducción

Cuando faltan pocos años para que culmine el siglo XX, resulta imperioso en el ámbito de las ciencias sociales hacer un análisis y un balance de las principales tendencias socioculturales de nuestra sociedad. Los acontecimientos que en el presente siglo han impactado a la humanidad son innumerables y multideterminantes. En la década de los noventa es común hablar de la sociedad posindustrial, posmoderna, unipolar; se habla

también del derrumbe del bloque socialista, del "fin de la historia", del triunfo definitivo del libre mercado. Frente a la "aldea global" o la globalización económica surgen y se consolidan los nuevos nacionalismos. Los impresionantes avances tecnológicos coexisten con la hambruna, el genocidio y la guerra. La presunta "sociedad abierta" se acompaña del racismo, la intolerancia y la imposición de modelos culturales. Las interpretaciones y posibles explicaciones del acontecer social son también contradictorias, ambivalentes y disímbolas.

La creciente complejidad de la sociedad contemporánea posibilita y obliga a buscar la especialización en las ciencias sociales en general y en la sociología en particular. En este sentido, resulta cuando menos extraño que la reflexión sociológica le haya dedicado relativamente poco espacio, o peor aún, no haya creado una especialización para estudiar y analizar una de las principales características de nuestra sociedad: el surgimiento y la consolidación de la sociedad de masas, del hombre-masa, de las masas.

En el presente trabajo tengo la intención de discutir algunas de las principales características de la sociedad de masas, así como exponer someramente tres interpretaciones distintas sobre las masas. Todo ello para llamar la atención sobre la necesidad de crear desde una perspectiva multidisciplinaria, tanto con los aportes teóricos ya existentes como con recientes e innovadoras investigaciones, una nueva especialización llamada sociología de las masas.

La sociedad de masas

Como efecto de las innovaciones tecnológicas y de la consolidación de las relaciones de producción capitalista, en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, se registra en varios países del continente europeo así como en los Estados Unidos de Norteamérica el surgimiento de la sociedad de masas. La organización a gran escala de la producción; el desarrollo de la división social del trabajo que con Taylor alcanza su punto culminante; la producción en serie y la cadena de montaje fordista, que posibilitan la producción en masa, y con ella el consumo en masa; el surgimiento del consumismo, que se acompaña de la creciente comodidad hogareña, con la producción de artículos electrodomésticos (refrigerador, radio, aspiradoras, etc.) y, sobre todo, con la invención del automóvil; el explosivo crecimiento de los espacios urbanos que se traduce tanto en la multiplicación de las ciudades como en la concentración poblacional; la consolidación de los sistemas cada vez más sofisticados de la comunicación masiva: historietas, radiodifusión, prensa, televisión, etc.; son todos ellos factores que inciden directa o indirectamente en la sociedad de masas (Salazar, 1991: 192).

La nueva sociedad que surge en y por el industrialismo no puede ser considerada, por ningún motivo, desde una perspectiva exclusivamente cuantitativa, sino observarse como una sociedad cualitativamente distinta de la que le precedió. La sociedad de masas es más que industrialismo y explosión demográfica, es la creación y vivencia de nuevas relaciones interpersonales e intergrupales, al ser impactada por los procesos de descomposición de la tradición rural y por la recomposición de una cultura urbana y masificada, factores ambos que se condensan en una práctica cultural altamente dinámica y aleatoria.

La sociedad de masas supone el debilitamiento de los factores de la diferenciación social, en la que los hombres pueden ser presa de la apatía, de la incredulidad, de la manipulación. A la sociedad de masas se le percibe como aquellas sociedades industriales modernas que han perdido sus características comunitarias, volviéndose agregados de individuos anónimos y atomizados cuyas relaciones están dominadas en

gran medida por contratos y por cálculos utilitarios (Goode, 1983: 448). Compleja sociedad cuyas principales características deben analizarse por separado.

El hombre-masa: crecimiento demográfico y concentración poblacional

En la segunda mitad del siglo XIX, como efecto de la combinación de factores económicos, científicos y demográficos, se registra en varios países de Europa occidental un enorme crecimiento poblacional. Este fenómeno fue posible por el descenso en el índice de mortalidad, resultado del crecimiento económico que brinda mayores oportunidades de mejorar el nivel de vida; también fueron aspectos básicos los descubrimientos científicos en medicina, así como el desarrollo de la salubridad pública, al aplicarse masivamente técnicas de prevención y de erradicación de enfermedades. La conjunción de estos factores se tradujo en un aumento en el promedio de vida de la población, pues mientras que en 1840 era de 44 años, aumentó a un promedio de 73 en 1940 (Kingsley, 1979: 174). [1]

La sociedad de masas surge de la conjunción de tres factores fundamentales: la industrialización, la urbanización y la concentración poblacional. En esta nueva sociedad, el individuo y la familia enfrentan una realidad social radicalmente diferente a su anterior entorno rural; son convulsionados tanto en su representación simbólica como en su vida cotidiana. Pero si el campesino que migra a la ciudad es impactado por el cambio espacial y cultural, el ciudadano no queda al margen de este proceso, pues de súbito percibe el acelerado crecimiento vertical y horizontal de su espacio urbano, [2] con la recurrente modificación de su interrelación social y cultural. En la sociedad de masas, el individuo es cubierto por el anonimato y vive cambios en sus hábitos, costumbres y cosmovisión.

Las personas cuyo habitat ha sido la comunidad rural y son obligadas a migrar hacia las zonas urbanas sufren notables cambios y rupturas en cuanto a su anterior tipo de vida, sus aspiraciones y la forma como se vinculan con los demás. Si en su antigua forma de vida la comunidad y la familia desempeñan un papel fundamental, en la sociedad de masas ambas se debilitan agudamente. La sociedad de masas evidencia la modificación radical de los grupos primarios tradicionales: la familia y la comunidad; el individuo, entonces, vive de forma atomista, se siente un átomo entre otros millones de átomos; su vida fragmentaria y anónima sustituye al orden tradicional (Bell, 1985: 53). La realidad a la que se enfrenta el individuo está definida por el elevado número de personas con las que se encuentra obligado a vincularse; quiéralo o no, convive con personas que poseen distintas costumbres, hábitos y tradiciones; el individuo es impulsado a engrosar las filas de lo que Reisman llama "la muchedumbre solitaria", en la que se enfrenta a sentimientos de soledad y de anonimato, además de provocar un rompimiento de valores, normas y conductas de comportamiento anteriores. La comunidad es remplazada por la sociedad de masas y la familia pierde influencia cualitativa ante el enorme peso de la "muchedumbre" y los nuevos mecanismos de socialización. La cultura tradicional de la vida rural se ve sujeta a severos cambios, al interaccionar tanto con la cultura urbana como con la cultura de masas: significa el cambio y la adaptación de una vida en comunidad a una vida en sociedad. [3]

El tránsito de la vida rural (comunidad) a la vida urbana (sociedad) provoca procesos de desfase, ruptura y recomposición cultural, que alteran tanto a las instituciones culturales (familia, escuela, Iglesia, etc.) como la cohesión familiar, las tradiciones, los hábitos y las aspiraciones de los individuos sujetos a tal transición. La familia es sin duda una de las instituciones sociales que más directa y brutalmente padece alteraciones en su conformación y estructuración, pues de poseer una función articuladora y cohesionadora de fundamental importancia en la comunidad rural, en la sociedad urbana dicha función se ve profundamente debilitada. Esta tendencia se agudiza por la inusitada velocidad con

que acontecen los cambios sociales y poblacionales, así como por la coexistencia de familias de diversas procedencias étnicas, regionales, religiosas y culturales. De igual forma, la familia deja de ser el centro cultural e instrumento de socialización primordial con la institucionalización de la instrucción escolar, en la que se registran prácticas acordes con el sexo y la edad de sus componentes. La familia transita, en consecuencia, por una etapa de gran inestabilidad en donde, por ejemplo, los divorcios se incrementan considerablemente. [4]

Por supuesto que los cambios demográficos y espaciales tienen diversos efectos sobre la estructura social, al provocar cambios en los flujos migratorios, el tamaño de las clases sociales y en las relaciones de poder. Pero también provocan desintegración social, delincuencia, marginalidad social y pobreza. En un contexto en que el individuo se encuentra aislado y carece de lazos comunitarios no es difícil suponer las consecuencias sociales. La desintegración de la comunidad y la proliferación de la sociedad de masas (masificación) explican el surgimiento del hombremasa, individuo que ha sido catalogado como inseguro, despersonalizado, que ha sido arrancado de su colectividad, que carece de una relación social profunda y estable, que se convierte en una grey nómada, perdida, que no sabe cuál es su lugar en la sociedad y que se aleja cada vez más de los lazos familiares, vecinales y sociales (Giner, 1979).

Fue Ortega y Gasset quien acuñó el término de hombremasa y lo empleó para designar a todo individuo que no se valora a sí mismo, que se siente como todo el mundo, que se siente satisfecho por ser idéntico a los demás. Para este autor, el tipo ideal del hombremasa cumple con los siguientes requisitos: ser el hombre medio (mediocre); buscar identificación con la mayoría; ser vulgar e imponer su vulgaridad a los demás; carecer de tradiciones; alterar los gustos en el arte, la religión, la política; ser un bárbaro que invade, domina y destruye (Ortega y Gasset, 1985).

El hombremasa es moldeado por la moderna sociedad en la que actúa como ciudadano sin rumbo, busca los placeres mediocres; este nuevo hombremasa es egoísta, inmoral, siempre dispuesto a sacrificar su autonomía a cambio de las comodidades de la obediencia al partido, a la organización, a la burocracia. Todo parece indicar que la alienación es el sello característico del hombremasa, pero además tiene otros aspectos:

Masividad: afinidad básica con la masa.

Aislamiento: está con otros individuos pero no convive ni se comunica con ellos.

Pérdida de la individualidad: es un individuo atomizado, aislado y neuróticamente silencioso.

Ansiedad: padece una crisis de identidad permanente y pierde toda perspectiva de sí mismo, de los fines de su propia acción.

Manipulabilidad: es un ser propenso a la maleabilidad.

Falta de libertad: es un ser temeroso de su independencia, de los esfuerzos constructivos y de los retos vitales.

Amoralidad: la inmoralidad institucionalizada embota la receptividad y la capacidad de respuesta ética de los individuos (Giner, 1979).

La producción en masa: producción en serie y estandarización

Simultáneamente al proceso de crecimiento poblacional en las grandes ciudades, la sociedad de masas es fomentada por la organización en gran escala de la producción capitalista y por el enorme desarrollo de la división social del trabajo. El incremento de las fuerzas productivas capitalistas se concreta en la producción en masa y en la recomposición técnica del obrero polivalente (que transita hacia el obrero-masa), características que determinan la imagen de la nueva sociedad de masas.

En términos técnicoproductivos, corresponde al taylorismo y al fordismo ser la base material de la producción en masa. Cuando Frederick Taylor crea su administración científica del trabajo (taylorismo), lo hace plenamente convencido de que la fuente de toda riqueza es el trabajo; por ello, para incrementar la acumulación de capital, se requiere aumentar la productividad del trabajo. Su conclusión es que la dirección científica debe implementar dispositivos que permitan economizar el trabajo, a través de la división o parcelación del oficio, con lo que se logra un doble propósito: a) debilitar el oficio como modo de resistencia obrera, es decir, eliminar los tiempos "muertos" de la holganza, y b) intensificar el trabajo mediante el conocimiento y el control monopólico de los modos operarios industriales, que a fines del siglo XIX pertenecían exclusivamente a los obreros.

Cuando la gerencia "arrebata" y controla el "saber obrero" tiene el suficiente poder para instaurar el cronómetro (el estudio del tiempo) en el taller y, con él, nuevas normas de trabajo. El saber obrero es sustituido por un código elaborado en la dirección que posibilita el ingreso de trabajadores no especializados y no organizados políticamente. Pero, también, incrementa la productividad y la intensificación del trabajo.

Si el taylorismo es importante para el despegue de la producción en masa, es el fordismo el que la acelera y dinamiza. En 1903, Ford funda su compañía de construcción de automóviles, reservada en ese momento a los maestros de oficio. Sin embargo, en 1908, lanza al mercado el modelo "T", que al obtener una inusitada demanda, obliga a revisar a fondo los métodos de producción. La principal respuesta a tal requerimiento fue la cadena de montaje (inaugurada en enero de 1914), sobre la que se transportaban los carros para el ensamblaje, deteniéndose sólo en lugares fijos en los que los obreros ejecutaban sus operaciones. Con la cadena de montaje, con el movimiento perpetuo de la fábrica, se asegura la circulación de las piezas y, con ella, una economía de obra de manutención; además, se establece la regulación autoritaria de la cadena de trabajo, en la que de hecho se condensa la violencia sistemática aplicada al trabajo. [5]

Con la administración científica del trabajo el capital impone sus propios ritmos y normas de producción; Ford y la cadena de montaje superan las técnicas taylorianas de medición de los tiempos y los movimientos, al someter al obrero a una cadencia regulada autoritariamente. Ambos procesos alteran las condiciones generales de la extracción de plusvalía, así como la escala de la producción. Por un lado, generan un incremento en la productividad y en la intensidad del trabajo, que se traducen tanto en el aumento del valor producido como en la cantidad de los bienes fabricados; por otro lado, posibilitan que la producción de mercancías en grandes series y la producción de mercancías estandarizadas se conviertan en norma. Con el taylorismo y el fordismo se logra la producción en serie de mercancías estandarizadas y con ellas se posibilita la producción en masa.

El obrero-masa

Los cambios que se registran en la organización del trabajo, en las normas productivas y en la escala de producción afectan directamente la fuerza de trabajo obrera, pues alteran en definitiva su composición técnica y su composición política. De hecho, es tan profundo

el impacto que, para muchos estudiosos del movimiento obrero, el taylorismo y el fordismo provocan el tránsito del obrero-profesional al obrero-masa.

El cronómetro, como instrumento de dominación, elimina el control obrero (saber obrero) sobre los modos operarios, elimina los secretos profesionales proletarios (endotecnia) y los sustituye por trabajos reducidos a la repetición de gestos parcelarios que son impuestos autoritariamente por la dirección de la empresa, la que reclama para sí el monopolio del saber operario. El taylorismo, entendido como la tecnología y la práctica de control sobre los cuerpos en el trabajo, se presenta como el ataque dirigido no contra "el trabajo en general", sino contra la forma organizada y combativa de la clase obrera: el obrero profesional de oficio y su sindicato. Todo ello porque el obrero profesional es capaz de ofrecer gran resistencia al capital en dos aspectos: a través de su organización política, con la que obtiene reivindicaciones salariales, y con su saber obrero, que impone su propio ritmo de trabajo en el proceso de producción. De esta forma, la administración científica tiene como propósito destruir el oficio para eliminar el control obrero sobre los tiempos de producción (Coriat, 1982). Cuando la gerencia tiene el control monopólico de los procesos operarios y los impone autoritariamente al trabajador mediante la repetición de gestos y movimientos, el obrero profesional deviene un ser prescindible e inútil, un ser en extinción. A partir de entonces son los obreros recién llegados, no calificados y no organizados los que remplazan paulatinamente, en la nueva producción de masas, al obrero profesional. Surge así el obreromasa.

Nanni Balestrini afirma que el obrero profesional, el obrero con una especialización, reclamaba poder político en nombre de su capacidad profesional; el obrero-masa carece de tal aspiración porque su composición de clase es diferente de la del primero. Ante las luchas del obrero de oficio de los primeros años del siglo XX, el capital respondió con la destrucción y la absorción de éste como figura principal del proceso productivo. Surgió así el obrero de la cadena de montaje, no profesionalizado, móvil, intercambiable; fue el resultado del fordismo y del taylorismo, que estableció una dirección totalmente diferente respecto a la máquina y a la fábrica. El obrero-masa es aquel trabajador entre 18 y 50 años, disponible para todos los trabajos, sin ninguna calificación profesional, candidato perenne a la emigración, privado de una ocupación estable, frecuentemente desocupado, alejado de la organización política tradicional (sindicato o partido político), etc.; es el mil oficios porque no tiene ninguno, el que tiene el trabajo "más duro"; es el que se encuentra totalmente subordinado a las leyes capitalistas de producción (Balestrini, 1976: 190). [6]

El consumo en masa. Del New Deal a la sociedad de consumo

Con la generalización de la producción en masa, la sociedad capitalista es colapsada por el fenómeno económico de la "sobreproducción" o del "subconsumo"; el "octubre negro" que inicia la gran crisis económica de 1929 fue su efecto más evidente. La conclusión era obvia: si frente al gigantesco aumento de la producción de mercancías (producción en masa) no se había generado de forma paralela un consumo adecuado y funcional (consumo en masa), los desequilibrios económicos eran inevitables. La principal urgencia, entonces, era superar tales desequilibrios, pero ¿cómo? Si el problema radicaba en la "sobreproducción" de mercancías, ahí no había vuelta de hoja; el capital por ningún motivo renunciaría a las ventajas propias del desarrollo de las fuerzas productivas. La solución se debía buscar en el "subconsumo"; se requería aumentar por todos los medios disponibles el consumo de las amplias masas. La propuesta no era sencilla, pues para que los obreros consumieran más había que aumentarles el salario y eso constituía una sangría en contra de las utilidades empresariales. La cuestión radicaba en aumentar el consumo en masa sin atentar en contra de la tasa de ganancia. ¿Cómo lograrlo?. Keynes, el New Deal y la creciente monetarización de la economía respondieron favorablemente a tal disyuntiva. Por supuesto, después de un largo proceso de errores y aciertos. [7]

Le correspondió al Estado capitalista dar respuesta a dicha contradicción, por lo que se vio obligado a incrementar su intervención en la economía. La tendencia a la intervención del Estado se hizo cada vez más importante y de hecho caracterizó a la sociedad capitalista de las primeras décadas del siglo XX. Esa actividad interventora ha cambiado de un período histórico a otro, de un país a otro y de una coyuntura específica a otra. Lo cierto es que en el presente siglo es cuando se presenta con mayor profundidad y generalidad su intervención. La primera Guerra Mundial (1914-1919) y el surgimiento de los Estados fascistas aceleran tal dinámica, pero son la estrategia del New Deal, impulsada por Roosevelt en los EUA en la década de los treinta y el planteamiento teórico de Keynes los que refuerzan la tendencia interventora del Estado. De hecho, a partir de la propuesta keynesiana el Estado se asume como el "ente" regulador de la economía capitalista y como factor fundamental e indispensable para el proceso de acumulación.

Frente al impacto de la crisis económica de 1929, el Estado buscó su legitimación a través de un profundo programa de reformas sociales con el fin de mantener el débil equilibrio entre producción y consumo, entre crisis y desempleo. De ahí la necesidad de agrandar la actividad del Estado en la economía mediante un programa de reformas sociales, concretadas en la instauración del salario mínimo, la delimitación de la jornada de trabajo, la creación de la seguridad social y el establecimiento del seguro de desempleo. Con tales reformas, se fortalece el papel del Estado en la conformación de las condiciones legales de la relación capital-trabajo, así como en la reproducción de esta última. [8]

De esta forma, se encuentran establecidas cuatro condiciones que posibilitan el surgimiento de la sociedad de consumo o del consumo en masa: la producción en masa, el consumo obrero forzoso (vales y tarjetas de crédito), la concentración de la población en grandes ciudades con el correlativo debilitamiento del consumo doméstico y el gradual consumo estatal adecuado a sus nuevos requerimientos de asistencia y seguridad social. Junto a estos fenómenos existen otros factores que consolidan en definitiva la nueva sociedad de consumo: el automóvil, los aparatos electrodomésticos, las tarjetas de crédito, etc. En la nueva sociedad de consumo, el impresionante aumento de la producción en masa y de las ciudades es el principal pivote de la economía; mientras que el automóvil, junto con los electrodomésticos, cambian paulatina pero radicalmente el estilo de vida; además, los nuevos sistemas de crédito trastocan profundamente la concepción de una economía de ahorro por una nueva visión de consumo. A partir de los años veinte, los bienes de consumo se consolidan ya como la base fundamental de la economía que transita por una nueva fase: la sociedad del consumo masivo. [9]

Si el automóvil y el marketing son básicos, Bell identifica en las ventas a crédito uno de los pilares de la sociedad de consumo, pues han provocado una revolución en los hábitos morales. Como efecto de las modificaciones en la estructura social de la sociedad norteamericana, se desarrollan nuevos hábitos de compra en una economía de elevado consumo, lo que se traduce en la erosión de la ética protestante y del temperamento puritano, valores básicos de la sociedad tradicional burguesa norteamericana. Como se sabe, ambos valores exaltaban al trabajo, la sobriedad, la frugalidad, el freno sexual; definían la conducta moral y los valores de respetabilidad social; eran fieles representantes del mundo agrario, de la pequeña ciudad, de la economía de subsistencia. La ética protestante y el temperamento puritano fueron acabados por el propio desarrollo capitalista; su principal enemigo: el pago a cuotas, el crédito inmediato. Si anteriormente era necesario ahorrar para poder comprar, con las tarjetas de crédito se posibilita el consumo inmediato, acelerando la acumulación suntuaria y hedonista. Lo que define en la actualidad a la sociedad capitalista, no son ya las necesidades biológicas sino los deseos psicológicos y por tanto ilimitados; deseos orientados a la satisfacción de un nivel de vida cada vez mayor que, inevitablemente conduce al despilfarro, a la ostentación, a la vida de

apariencias. En la sociedad de consumo, el crédito facilita una ética del hedonismo ("lo nuevo"), del placer (el sexo), del juego ("la liberación"), es decir, una ética del consumo que debilita a la ética protestante. Ante el ahorro y la frugalidad, la sociedad del consumo masivo supone una voraz lucha por el status que se logra a través del consumo: "si el consumo representa la competición psicológica por el status, entonces podemos decir que la sociedad burguesa es la institucionalización de la envidia". Si el sistema de compra a plazos fue utilizada hasta la década de los veinte como una forma de compra para los pobres, los que al carecer de los suficientes recursos económicos recurrían al pago semanal al abonero, para los sectores medios recurrir al crédito era mal síntoma, pues la moral protestante obligaba a ser ahorrativos y laboriosos, a ahorrar para poder comprar. En la actualidad esto ya no funciona, porque "la artimaña de la venta a plazos fue evitar la palabra deuda para destacar la palabra crédito" (Bell, 1982). Como se aprecia, inmersa en la producción en masa, en la revolución tecnológica, en el continuo cambio demográfico, en el marketing y en un sistema de compra a plazos, surge la sociedad de consumo, sociedad en la que la exaltación de las posesiones materiales, del gasto excesivo y de los impulsos incontrolados son actitudes cotidianas, que conforman el proceso que percibimos todos los días.

Los medios de comunicación masiva y la cultura de masas

La comunicación reside básicamente en el acto de transmitir de una persona a otra valores, símbolos, conocimientos, experiencias, etc.; la comunicación social, el proceso o los procesos de la comunicación surgen de la relación establecida entre dos o más personas que se alternan continuamente en los papeles de trasmisor y receptor, con lo que la acción de intercambiar mensajes se produce a través del diálogo. La comunicación dialógica es factor fundamental para la coherencia cultural y para la cohesión social.

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad moderna, concretado en el crecimiento tecnológico, científico y comunicacional, ha posibilitado el surgimiento de un nuevo tipo de comunicación social: la comunicación de masas. Comunicación colectiva que encuentra sus orígenes en la palabra escrita, pero, sobre todo, en la imprenta; pues si la palabra es comunicación directa, la escritura inicia la comunicación indirecta y la imprenta posibilita la comunicación múltiple. Comunicación colectiva que se consolida y amplía con el invento de la linotipia, de la radio, del cine, de la televisión, etc. Comunicación colectiva que técnicamente se compone de un emisor (grandes organizaciones empresariales o culturales), de un código (conjunto de signos ordenados con base en leyes de funcionamiento comunicacional), de un mensaje (información transmitida), de medios de comunicación (instrumentos de comunicación que posibilitan la comunicación masiva) y de un receptor (masivo, anónimo y heterogéneo). Comunicación de masas que al estar dirigida hacia una población numerosa, dispar y desconocida por el emisor se estructura a través de mensajes reiterativos y estandarizados. Comunicación de masas en la cual el emisor posee el monopolio sobre el contenido de los mensajes y sobre los medios de comunicación, por lo que se arroga para su uso exclusivo la emisión de mensajes. [10] Tendencias que provocan una serie de cambios culturales que hoy se denominan comunicación de masas.

La comunicación de masas se caracteriza, además, por ser pública, rápida y transitoria. Es pública porque el mensaje no va dirigido a nadie en particular, su contenido está abierto a la atención pública; es rápida porque los mensajes están dirigidos a grandes auditorios en un tiempo relativamente corto; es transitoria porque generalmente se utiliza en un empleo inmediato, no permanente (Wright, 1986).

En el proceso de consolidación de los medios de comunicación de masas, la radio, pero sobre todo la televisión, constituyen sus principales instrumentos, además de que

establecen una estrecha relación y dependencia con la publicidad, a la que se define como un mecanismo de excitación y manipulación de las demandas consumistas. De esta forma, el hombre se transforma en un receptor de mensajes y blanco directo de los anuncios comerciales, los cuales buscan estandarizar el comportamiento del público transformando al individuo en el "Homo consumens" (Schiller, 1976). [11]

A la sociedad de nuestros días se le considera ya la "sociedad informacional", en la que los progresos científicos han posibilitado sustituir la engorrosa civilización del papel ("palioburoracia industrial") por la nueva civilización de los canales electrónicos. Nueva sociedad en la que se concretan las siguientes pautas: legitimación del statu quo, persuasión conformista, orientación hacia el consenso sumiso, fuga de los acuciantes problemas sociales. La sociedad actual cambia con tanta rapidez que se requiere disponer de información continua y, justo por ello, los medios de comunicación de masas se transforman en la autoridad que determina y dictamina qué es lo cierto y qué lo falso, qué es lo real y qué lo fantástico, qué es lo importante y qué lo inútil. [12]

Independientemente de que aceptemos o rechacemos los efectos de la comunicación de masas y las múltiples y encontradas interpretaciones que se han hecho sobre ella, lo cierto es que el afianzamiento de los medios de comunicación masiva y su producto, la comunicación de masas (entre otros factores), han generado lo que se ha dado en llamar la cultura de masas. Fenómeno cultural al que se le conceptualiza como aquel conjunto de valores prefabricados y difundidos por los medios comunicacionales, cuyo principal objetivo es incitar al consumo impulsivo y el de uniformar las mentes de los individuos para, de este modo, someterlos a la ideología y los intereses dominantes. De la cultura de masas se ha dicho que es "una campaña imperialista de embrutecimiento de los pueblos", que obstaculiza la comunicación entre los hombres, que es un proceso prefabricado y unilateral de difusión, que viene de arriba para abajo, que es una mercancía para el consumo, que es homogénea y masificadora, que su finalidad es la de acrecentar la pasividad del hombre, que mistifica la realidad, que es una cultura impuesta por la clase dominante. La cultura de masas se produce de acuerdo con normas masivas de fabricación industrial; es difundida y dirigida a una gigantesca masa social en la que no se toman en cuenta clase social, familia, edad, sexo. Es una cultura constituida por un cuerpo de símbolos, mitos e imágenes que se refieren a la vida práctica e imaginaria. [13] Es la cultura del siglo XX: cosmopolita por vocación y planetaria por extensión (Morin, 1966).

En la confrontación entre los que critican o apoyan la cultura de masas, Eco propone rescatar algunos de sus aspectos relevantes 1) el universo de la comunicación de masas, se acepte o no, es nuestro universo, por lo que nadie escapa a los valores aportados por los medios de comunicación masiva (periódicos, radio, televisión, cine, etc.); 2) desde la perspectiva antropológica, se debe entender la cultura de masas como el contexto histórico en el que todos los fenómenos de la comunicación, sean de la diversión evasiva o de la interioridad sublime, aparecen interconectados y determinándose mutuamente; 3) la existencia de operadores culturales que producen para las masas, que utilizan a éstas con fines de lucro y que no les ofrece ninguna posibilidad de crítica, es una realidad tangible; 4) cuando las masas se convierten en protagonistas de la vida social y política se habla del momento de la cultura de masas, momento en que éstas ponen en circulación un lenguaje propio, pero que, paradójicamente, su modo de divertirse, de pensar y de imaginar es formulado según el código de la clase hegemónica; 5) el acceso de las clases subalternas y el ensanchamiento del consumo de la información han creado "la civilización de masas", en la que todos los individuos se transforman en consumidores de una producción intensiva de mensajes a chorro continuo, elaborados industrialmente y transmitidos según la ley de la oferta y la demanda; y 6) no está muy alejado de la realidad pensar que en la base de toda crítica a la cultura de masas se encuentra una raíz

aristocrática, un desprecio que sólo aparentemente se dirige a la cultura de masas, pero en realidad apunta a toda la masa (Eco, 1973).

Las masas. Por una sociología de las masas

De forma simultánea al surgimiento de la sociedad de masas aparecen los primeros esfuerzos por teorizarla: Tocqueville afirma que la "alta cultura" se encuentra amenazada por la rutina de la sociedad industrial; Ortega y Gasset no oculta su temor por el hombre-masa, quien es capaz de hundir la cultura tradicional en el barbarismo, para T. S. Eliot, al debilitarse los modos tradicionales de autoridad (religión y familia) como principales canales de trasmisión de la cultura, el Estado asume tales funciones con efectos negativos para la sociedad Wright Mills afirma que el individuo se encuentra sumido en su rutina por lo que no trasciende la estrechez de su existencia, fenómeno que le impide lograr una visión del conjunto de la sociedad; para Horkheimer y Adorno, con el colapso de la familia como principal instancia socializadora surge la "industria de la cultura", la que, apoyada en los medios de comunicación masiva, deviene estratégica agencia socializadora, cuya principal función es mediatizar al individuo para manipularlo y someterlo a la lógica dominante, etc. (Salazar, 1991: 192). Pero aclaremos: a lo largo de la historia, en donde han existido concentraciones poblacionales relativamente grandes se ha reflexionado sobre las masas y se ha creído que una revuelta de éstas pudiera provocar el ocaso de la vida civilizada. Por ello, no sorprende el hecho de que existan prejuicios en contra de las mayorías, acusándolas de ignorantes, insolentes, pretenciosas, bárbaras, etcétera.

En el pensamiento occidental, desde los griegos se ha hablado y escrito sobre las masas: para Sócrates, el pueblo es una mayoría silenciosa e indiferente, producto de las condiciones sociales; Platón afirmaba que la masa no era la representación del mal, pues a lo que más se acercaba era a la mediocridad; Polibio presagiaba una catástrofe general, de proporciones sociales cósmicas, ocasionada por las masas. En la Roma Clásica se adueña de las clases conservadoras un absoluto desprecio por la mayoría, por lo que habría de dársele pan y diversión para mantenerla calmada, sumisa y leal. Después del silencio medieval, surgen nuevas interpretaciones sobre las masas a raíz de las grandes convulsiones sociales: las guerras religiosas, la Guerra Civil inglesa y la Revolución francesa (Giner, 1979).

Después de las guerras napoleónicas se producen una serie de reflexiones sobre las masas cuyos principales exponentes fueron Tocqueville, John Stuart Mill, Carlos Marx y Federico Nietzsche. A finales del siglo XIX, los temores por los efectos de la extensión del igualitarismo y la democracia encontraron eco en varios sociólogos y psicólogos sociales, que buscaron aplicar las herramientas y los conceptos de las ciencias sociales al escurridizo campo de las masas. Dentro de los llamados "psicólogos de las turbas", sobresale la reflexión de Gustave Le Bon. Sin embargo, la primera formulación clara y madura de la teoría sobre la sociedad de masas se produce en la segunda década del siglo XX, en las obras de Manheim y Ortega y Gasset. El período de entreguerras presencié la consolidación de la teoría de la sociedad de masas como interpretación y diagnóstico del mundo moderno. Después de la segunda Guerra Mundial se desarrollan y ramifican las interpretaciones sobre la sociedad de masas, a partir de las ideas centrales de sus fundadores (Giner, 1979). [14]

La reflexión en torno de las masas es diversa y en algunas ocasiones encontrada. En un afán de brevedad expongo a continuación a quienes considero los teóricos más relevantes en el estudio de las masas. En mi opinión, Ortega y Gasset, quien analiza las masas desde una perspectiva aristocratizante; Elías Canetti, quien estudia fría y objetivamente el comportamiento de las masas; y Jean Baudrillard, que efectúa un

análisis pesimista y desencantado de las masas, son representativos de los más importantes trabajos en este campo.

Ortega y Gasset. Con la publicación de la obra *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset manifiesta su total rechazo a las masas como enemigas de la civilización. Si las masas son irracionales y violentas, sus metas no son otras que las de la barbarie. En las masas, en las aglomeraciones, es contenido el hombre medio, conformista, gregario y acrítico; contienen al hombre hostil a todo tipo de civilización; por ello la amenaza a la sociedad moderna viene de abajo, del hombre medio, del hombre-masa (Ortega y Gasset, 1985).

La irrupción violenta de las masas desde mediados del siglo XIX constituye una verdadera pesadilla para la sociedad civilizada, ante la incapacidad de éstas de razonar y actuar en consecuencia. Los requerimientos de la sociedad han obligado a la difusión de un saber acrítico y parcelado. Cuando no se crea el hábito crítico, la parcelación del saber crea un especialista bárbaro que conoce mucho de su campo de estudio, pero desconoce el gran cúmulo de conocimiento interactuante. He aquí el mayor peligro de la cultura tradicional (Ortega y Gasset, 1985).

Con Ortega y Gasset es manifiesta aquella visión aristocrática que percibe los cambios del siglo XX como subversores de viejo orden Jerárquico y como factores altamente negativos para el desarrollo cultural. El industrialismo ha transformado la sociedad hasta convertirla en una sociedad de masas; una sociedad con seres singulares que carecen de raíces culturales, hombres medios que no aceptan ni reconocen la valía del desarrollo cultural pues son ajenos a toda preparación intelectual. Individuos, en fin, mediocres, vulgares y carentes de conciencia histórica (Pellicani, 1988: 1577). En la sociedad previa al industrialismo, las masas no exigían más allá de sus requerimientos elementales; sin embargo, en la nueva sociedad el crecimiento de las masas se ha traducido en el aumento de sus demandas e incluso a grado tal de pretender dirigirse a sí mismas. Esta rebelión de las masas trastoca el equilibrio civilizatorio en el que la aristocracia domina y dirige las masas. Su efecto inmediato es el "ascenso de los nuevos bárbaros", que por carecer de refinamiento nivelan los valores estéticos y sociales; degradan las nobles tradiciones de las minorías dirigentes: es la erosión de la base cultural, es la destrucción de la ejemplar jerarquía social, es el aniquilamiento de los valores supremos de la tradición.

Si la sociedad se concibe como un conjunto de minorías superiores y amplias bases incompetentes, no es posible que en la actualidad esa masa decida avanzar para ocupar los lugares, para utilizar los instrumentos y para gozar de los placeres hasta ahora reservados para unos pocos. La cultura europea está amenazada por esos "bárbaros" que son incapaces de cualquier esfuerzo intelectual. La expansión del conocimiento técnico y científico ha creado una enorme mediocridad primitiva, inculta y atávica; ha degradado la influencia civilizadora de la cultura tradicional, ha permitido el acceso de las masas que carecen de cualquier tradición y sólo son portadoras del pragmatismo de la tecnología moderna. El crecimiento de la ciencia, el industrialismo y la creciente intervención de la actividad estatal son factores que se combinan en la irrupción de las masas (Ortega y Gasset, 1985).

Elías Canetti. En un sentido diametralmente distinto al expuesto líneas arriba, Elías Canetti plasma en su libro *Masa y poder* una peculiar interpretación sobre las masas. En esta obra demuestra la capacidad del ser humano por integrarse a la masa y ahí manifestarse con toda su fuerza, para volver después con la desintegración de la masa a su condición de "un pobre diablo solitario" (Quesada, 1988: 195). Estudia a la masa a partir del tiempo y el espacio de ella.

Para Canetti, el individuo posee un temor a ser tocado por lo desconocido y sólo inmerso en la masa se redime de él. La masa genera una inversión del temor de ser tocado, porque en ella existe una igualdad entre todos los miembros que la componen. La masa aparece donde antes no había nada y, salvo el pequeño núcleo a partir de la que se origina, surge espontáneamente. Su principal característica es la necesidad de crecer; su naturaleza la determina como una masa abierta, en donde su crecimiento no tiene límites. Sólo existe en tanto crece; al dejar de hacerlo se desintegra. Su carácter espontáneo denota su fragilidad (Canetti, 1987).

En sentido contrario a la masa abierta se encuentra la masa cerrada que por definición rechaza el crecimiento infinito para asegurar su permanencia. Tiene un límite espacial y temporal (teatro, corridas de toros, etc.); lo que gana en estabilidad lo sacrifica en crecimiento. Cuenta con la repetición, por lo que, ante la posibilidad de reunirse de nuevo, se supera su disolución. Un elemento determinante de la masa, sea ésta abierta o cerrada, es la posibilidad de la descarga; en ella todos los que la componen quedan despojados de sus diferencias y aparecen como iguales. Es justo la búsqueda de este alivio, en el que ninguno es más ni mejor que otro, lo que impulsa al hombre a integrarse a la masa.

Las principales características de la masa pueden enunciarse someramente de la siguiente forma: 1) el impulso de destrucción (la masa destruye casas y cosas); 2) el estallido (cuando se pasa de una masa cerrada a una abierta); 3) el sentimiento de persecución (la irritabilidad respecto de los individuos provoca un sentimiento de enemistad y de persecución); y 4) las religiones domesticar a las masas (la institución religiosa desconfía de las masas, por lo que renuncia al crecimiento rápido para mantener una densidad limitada: la dirección y la repetición se vuelven fundamentales).

Para Canetti, existen además cuatro propiedades fundamentales de las masas: 1) la masa siempre quiere crecer; su crecimiento no tiene límite y, donde existe, es creado artificialmente con el fin de mantenerla como masa cerrada; 2) en el interior de la masa reina la igualdad; se trata de una igualdad absoluta e indiscutible y jamás es puesta en duda por la masa misma; 3) la masa ama la densidad; no hay densidad que le alcance, la sensación de máxima densidad la tiene en el instante de la descarga; y 4) la masa necesita una dirección; está en movimiento y se mueve hacia algo; la dirección, que es común a todos los componentes, intensifica el sentimiento de igualdad. Cada una de estas propiedades puede estar presente en mayor o menor medida (Canetti, 1982).

Se puede decir que existen 13 tipificaciones sobre la masa: 1) masa abierta: no conoce el límite, está allí para crecer, su deceso sobreviene cuando deja de aumentar; por ello la masa abierta busca incrementar su número al infinito; 2) masa cerrada: su característica principal es el límite. El sitio y el tiempo están claramente delimitados. Este límite evita su crecimiento pero también su rápida desintegración mediante la repetición; 3) masa doble: existe cuando una masa mide su poderío frente a otra; 4) masa retenida: tiene como característica esperar, le gusta permanecer y, llegado un momento, descargarse; 5) masa rápida: al tener un objetivo inmediato, su desintegración es próxima; 6) masa rítmica o palpitante: está reducida en cantidad pero se magnifica en su acción; 7) masa lenta: carece de la descarga, al tener su objetivo muy lejano y perseverar hasta conseguirlo; es el caso típico de las religiones; 8) masa invisible: es cuando la masa cree en un ser superior; 9) masa de acoso: su objetivo es matar; después de lograrlo, la masa se desintegra; 10) masa de fuga: la masa huye al verse amenazada; al salir del peligro se disuelve; 11) masa de prohibición: es la negación de un hecho o acontecimiento cotidiano; en la huelga, la masa se niega a trabajar; 12) masa de inversión: es cuando se invierten los papeles o los roles; y 13) masa festiva: nada la amenaza la fiesta es su meta; la alegría es su estado de igualdad (Quesada 1988).

Jean Baudrillard. Finalmente, encontramos la perspectiva de Jean Baudrillard cuando desarrolla, en su obra *A la sombra de las mayorías silenciosas*, una visión llena de pesimismo y negatividad sobre las masas, pero no por ello menos atractiva. En su opinión, las masas, ante la "descarga eléctrica" de lo social, hacen "tierra"; es decir, que absorben toda la electricidad de lo social y lo político. No son ni buenas ni malas conductoras de lo político, lo social o del sentido general, todo se difunde en ellas, absorbiendo toda irradiación que les llega. Son una especie de agujero negro en el que lo social se precipita. Las masas carecen de historia, no tienen energía que liberar, su potencial es actual y es el de su silencio, aunque éste no signifique ausencia de palabra, sino la prohibición de que se hable en su nombre (Baudrillard, 1978).

Por lo anterior, el término masa no es un concepto, es una "noción blanda, viscosa". No se le puede otorgar un sentido a algo que carece de ello. La masa, entonces, carece de atributo, no tiene realidad sociológica, es lo que queda cuando se olvida todo lo social. La neutralidad, la ausencia de polaridad en la masa, hace imposible que circule algún sentido por ella, pero también impide que la masa sea alienada.

Las masas se oponen al imperativo de la comunicación racional de incluir algún sentido, ellas quieren espectáculo; se les dan mensajes, ellas quieren signos. El único referente que funciona hoy es el de las mayorías silenciosas, cuya esencia ya no es social sino estadística. Ya no existe una representación real de ellas y, en consecuencia, nadie puede representarlas ni darles mención histórica. Aquí se percibe un contrasentido: se pensaba que a mayor apatía de las masas, más estabilidad para el poder estatal; sin embargo, esta inercia se vuelve contra el poder, es el signo de su muerte. Y aunque se busque hacerlas hablar, el único problema para el poder es el silencio de las masas (Baudrillard, 1978).

A la sociedad de masas se le discute desde una perspectiva aristocrática (Ortega y Gasset), en donde a la masa se le ve con desprecio, como destructora del orden existente. También se le percibe como un ser sujeto de manipulación al consolidarse en las masas "la personalidad del hombre dirigido por los otros", base de la alienación de la voluntad actual (Reisman, 1971). Para otros, no puede ser manipulada porque absorbe y neutraliza todas las influencias de lo político y de lo social (Baudrillard). Incluso existen quienes no le anteponen adjetivos a la masa y sólo estudian su comportamiento y los factores que impulsan a todo hombre a formar parte de ella (Canetti). Como se aprecia, las interpretaciones sobre la sociedad de masas y sobre la masa son diversas e incluso encontradas.

Sea cual fuere la interpretación que aceptemos como la más adecuada, lo cierto es que, en la sociedad contemporánea, la masa no constituye una comunidad pues carece de solidaridad interna y de homogeneidad en cuanto a sus componentes. Su estructura es frágil por estar integrada de individuos anónimos y carentes de vínculos sólidos entre sí. Se pueden aceptar tentativamente, como principales características de las sociedad de masas, las siguientes: 1) los grupos étnicos, religiosos y comunitarios pierden su coherencia y compatibilidad cultural al debilitarse los vínculos del individuo con su entorno cultural y valorativo; se deja de pertenecer a una comunidad para ser simples agregados impersonales a la masa; 2) se registra una ausencia o cuando menos un debilitamiento de las mediaciones (comunidades intermedias) entre la familia y el Estado, las que son sustituidas por instituciones estatales, pero sobre todo por los medios de comunicación masiva; y 3) se establece el igualitarismo jerárquico, se supone una desigual distribución del poder y de la riqueza; no obstante, los individuos son iguales al ser nivelados y despersonalizados (Pellicani, 1988).

La intención de discutir las principales características de la sociedad de masas tiene como finalidad llamar la atención para crear una nueva especialización llamada sociología de las masas, sustentada en las siguientes líneas para la acción:

1. Su carácter interdisciplinario es indudable e indispensable. Las aportaciones de la antropología, la historia, la psicología social, la ciencia política, las ciencias de la comunicación, etc., además de enriquecer su análisis, permitirán ampliar los niveles de objetividad.
2. La sociología, como disciplina articuladora de aportaciones teórico-empíricas multidisciplinarias, tendrá como principal objetivo detectar si la dinámica de las masas está gobernada por leyes generales, las que hasta el momento no han sido descubiertas. Esto es, buscará volver visible lo invisible a través de la trasmutación de los individuos a series, los cambios a tendencias y las tendencias a leyes.
3. En caso contrario, es decir, si no existen leyes generales que expliquen el comportamiento de las masas, deberá de orientar su análisis hacia el ámbito de la entropía social, [15] aceptando el movimiento continuo de las masas y reconociendo que sus tendencias son azarosas e impredecibles. En todo caso, aceptará sus limitaciones en cuanto a una interpretación general sobre la dinámica de las masas, para dedicarse al estudio particular y específico de toda manifestación de ellas, y procurando, en la medida de lo posible, establecer líneas que permitan la comparación entre sus diversos comportamientos.

CITAS:

[*] Coordinador de la Licenciatura en Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] Con la disminución de la mortalidad se produce en el continente europeo un enorme aumento de población, al pasar de 180 millones de habitantes en 1880 a 460 millones en 1914 (Ortega y Gasset, 1985). Este crecimiento poblacional permite que cientos de miles de europeos migren hacia nuevas tierras. Como se sabe, gran parte de los migrantes se dirigen a los EUA con el propósito de colonizarlo o para desarrollar sus habilidades artesanales. Los EUA son escenario del mayor movimiento de migración de la historia moderna. La primera oleada transcurre de 1815 a 1860 con un total de 5 millones de inmigrantes, los que provienen en su mayoría del oeste y el norte de Europa debido a los efectos de la Revolución Industrial y a la persecución de minorías religiosas (luteranos, cuáqueros, etc.). En este período sobresale la inmigración irlandesa, que literalmente se amontona en Boston y Nueva York. La segunda oleada va de 1880 a 1915 con más de 15 millones de inmigrantes, los que en su mayoría provienen del este y el sur de Europa, así como por una minoría de población asiática que ingresa por la costa oriente (Coriat, 1982). Cabe resaltar que en 1907, año de una intensa inmigración, ingresan a los EUA 1,280,000 migrantes. Los más de 20 millones de europeos que migraron aumentan considerablemente la población de la sociedad norteamericana, de forma tal, que en el primer censo realizado en 1879 existía una población de 3.9 millones de habitantes y para el censo de 1900 la población es ya de 7.6 millones de habitantes (Bradbury, 1983: 230). Por ello, Ortega y Gasset afirma que no hay por qué maravillarse del crecimiento poblacional de los EUA, cuando lo verdaderamente maravilloso es la proliferación de Europa: "América está hecha con el rebozo de Europa" (Ortega y Gasset, 1985).

[2] En sus principios, las ciudades parecían sólo pueblos grandes; sin embargo, en los primeros años del siglo XX un equipo de ingenieros y arquitectos, apoyados en el acero estructural y en el elevador hidráulico, posibilitan la construcción vertical de edificios (los rascacielos como símbolo del urbanismo), la ordenación de los espacios urbanos y la

creación de obras públicas, que en su conjunto crean un nuevo concepto urbano diametralmente opuesto al concepto rural.

[3] Las diferencias entre la vida rural y la urbana no son sólo cuantitativas, sino sobre todo cualitativas. Ferdinand Tönnies habla con mucha precisión del tránsito de la vida en comunidad a la vida en sociedad. Concibe la comunidad como un orden social basado "en el consenso de las voluntades", el que descansa en la armonía y se desarrolla mediante las tradiciones, las costumbres y la religión. En sentido contrario, la sociedad es definida como el orden social basado en la "unión de voluntades racionales" que descansa sobre convenios sancionados por la legislación política. De esta forma, la comunidad, como "sistema común y obligatorio de derecho positivo" y de normas coactivas que rigen la "relación de voluntades", regula la vida familiar, la propiedad y la estrecha vinculación con la tierra, con las tradiciones, costumbres y religión. En el reverso de la moneda, la sociedad, como sistema de derecho que rige las "voluntades racionales", sólo alcanza validez y obligatoriedad a través de la voluntad y el poder del Estado (Tönnies, 1979: 75).

[4] Las principales tendencias de la familia al enfrentarse a una sociedad altamente dinámica son, entre otras: 1) modificabilidad y adaptabilidad como respuesta al rápido cambio social; 2) urbanización por el aumento de las familias urbanas y sobre todo por la adopción del modo de vida urbano; 3) secularización, al disminuir los controles religiosos y al aumentar el bienestar material y consumista; 4) inestabilidad, evidenciada por el aumento de divorcios, 5) especialización en las funciones de afecto, de concepción y crianza de los niños, así como en el desarrollo de la personalidad, provocada por la separación de sus antiguas funciones intrínsecas tales como la unidad económica, educativa, religiosa y de protección (Burgess, 1979: 182). Como se aprecia, la familia en la sociedad urbana deja de ser responsable del trabajo familiar pues el trabajo se delega en la fábrica o en la oficina; deja de ser responsable de la educación de los hijos, pues la escuela es la que imparte la educación formal, debilita su función de socialización, ya que los medios de información masiva asumen enorme presencia en ésta. Las tres instancias, fábrica, escuela y medios de comunicación masiva, al poseer estructuras de autoridad propia, normas particulares así como funciones sociales específicas, compiten y sustituyen a la familia. Al disminuir la función de la familia y al combinarse con el aumento y la concentración de la población urbana, se provoca la proliferación de actitudes y conductas sociales propias de la inestabilidad y de la transición social: alcoholismo, drogadicción, suicidios, enfermedades mentales, etcétera.

CITAS:

[5] Ford es heredero de Taylor, pero con la cadena de montaje lo rebasa en varios aspectos, a saber: 1) porque al imponer autoritariamente la cadena de trabajo reduce en extremo los "poros de holganza", factor que se traduce en la prolongación efectiva de la jornada de trabajo; 2) la cadena de montaje, además de separar el trabajo manual (obrero) del trabajo intelectual (gerencia), subdivide o parcela el propio trabajo de ejecución; 3) la organización del trabajo por cadena de montaje incrementa el despotismo de la máquina a través del principio "panóptico" de la vigilancia. El fordismo constituye un gigantesco aumento cuantitativo de la producción; por ejemplo, ya en 1925 se obtenía en un día la producción anual de 1908. Sin embargo, su mayor aportación es el cambio cualitativo: con la estandarización y las transformaciones de las normas de escala se asegura el paso de la producción en serie a la producción estandarizada, es decir, se posibilita la producción en serie de mercancías estandarizadas (Coriat, 1982: 48).

[6] Desde otra perspectiva, André Gorz analiza al obrero-masa. Según él, con la instauración del fordismo y del taylorismo prácticamente queda sin sustento la afirmación marxista de que el obrero tiene aspiraciones y posibilidades reales de acceder al poder

político. Si Marx creyó tener en el obrero polivalente (profesional) la principal figura del sujeto revolucionario, se equivocó. El perfeccionamiento de la técnica y de la automatización, lejos de generar trabajadores altamente especializados, con una visión global del proceso técnico económico y con capacidad de autogestionar la producción, los ha suprimido. Porque si en el pasado el obrero de oficio ejercitaba determinado poder en el seno de la producción, al depender ésta de sus cualidades, tal capacidad se traducía como un poder obrero de orden técnico que le permitía aspirar a la toma revolucionaria del poder político y social. Sin embargo, en la etapa posttayloriana el desarrollo de las fuerzas de producción ha generado una clase obrera cuyos intereses capacidades y aspiraciones están en función de las fuerzas productivas, y por tanto son funcionales a la racionalidad capitalista. El taylorismo y el fordismo crearon e impusieron una jerarquía y un orden patronal, concebidos por la dirección de la fábrica, sustituyeron a los obreros profesionales por el obrero-masa. Al suprimir al obrero de oficio se anula la posibilidad de iniciativa proletaria. Con el surgimiento del obrero-masa, el capitalismo reduce el poder obrero en la producción y reduce con ello la base técnica para la aspiración política del proletariado (Gorz, 1982).

[7] Encontramos en 1914 uno de los primeros esfuerzos, cuando Ford estableció en todas sus fábricas la jornada de ocho horas acompañada por un salario de cinco dólares; el "Acuerdo general sobre salarios", que incrementó el salario ciento por ciento, al pasar de 2.5 a cinco dólares por día, tuvo como propósito eliminar la creciente insubordinación obrera, sobre todo en Detroit. El aumento salarial se otorgó selectivamente a obreros con un mínimo de seis meses de antigüedad y mayores de 21 años; a cambio, los obreros beneficiarios fueron obligados a acatar una "moral intachable", al prohibírseles el consumo de alcohol y los juegos "viles", moral obrera que controlaba la vida del obrero fuera de la fábrica y que fue diseñada e impuesta por un grupo de asesores universitarios que colaboraban con Ford. Los cinco dólares por día facilitaron la promulgación de reglamentos internos para la adecuada racionalización de la fábrica y posibilitaron un mayor consumo y una mayor transacción salarial y monetaria de los obreros. De esta forma, la reproducción de la fuerza de trabajo obrera fue influida por dos tendencias básicas: a) al concurrir el obrero y su familia a las grandes concentraciones urbanas e industriales se alejaron de sus condiciones de reproducción doméstico-rurales (pequeña granja u hortaliza familiar); y b) el aumento de las mercancías producidas, el incremento salarial y su "divorcio" del consumo doméstico obligaron al obrero a concurrir al mercado para comprar sus bienes de uso en forma de mercancía, a través de la intermediación monetaria. Esos factores, además de acelerar la generalización de la forma salarial, suponen el control del capital sobre las condiciones de existencia y reproducción, ya no doméstica sino mercantil, de la clase obrera.

[8] El "Estado benefactor", el New Deal, se instituye como el principal gestor de la reproducción de fuerza de trabajo asalariada a través de lo que se ha dado en llamar "pacto fordista". Pacto que tiene como principal objetivo el reforzamiento del mercado, al establecer un estrecho vínculo entre la producción en masa y el consumo en masa; para lograrlo, el Estado implementa un conjunto variado de técnicas que van desde la expedición de vales de compra (consumo forzoso), el desarrollo del crédito al consumo en masa (tarjetas de crédito) y el seguro de desempleo, hasta la instauración de la seguridad social. Pacto fordista en el que el Estado, en su función de "operador general" de la reproducción de la fuerza de trabajo, establece y define tres objetivos: 1) la fijación de un marco jurídico-legal, consistente en un conjunto de reglas y normas sobre la relación de explotación (contratos colectivos de trabajo); 2) el establecimiento del salario indirecto, que se manifiesta en las asignaciones familiares, las jubilaciones, etc. que aseguran una mano de obra barata; y 3) la creación de una nueva asistencia a los "parados" y los accidentados, con el objetivo de controlar la fuerza de trabajo en plena correspondencia con las necesidades de la reproducción capitalista. El Estado benefactor gestiona y

adecua la reproducción de fuerza de trabajo a los ritmos y a las modalidades de la acumulación del capital. A partir del establecimiento del pacto fordista, la relación entre capital y trabajo se define por la existencia de contratos colectivos de trabajo, en los que se establece que cada incremento salarial dependa y se corresponda con un incremento de la productividad (Coriat, 1982).

[9] Daniel Bell ha analizado con mucha atención los efectos del consumo masivo, es decir, la difusión de lo que antaño se consideraba un lujo, que tiene su origen en las revoluciones tecnológicas, dentro de las que resalta la aplicación de la energía eléctrica a las labores domésticas, pero sobre todo refuerzan tal proceso tres invenciones sociales: la producción en masa que, con la cadena de montaje, abarata enormemente el precio; el surgimiento y la consolidación del marketing, que permite incrementar los apetitos consumistas; y la difusión de la compra a plazos, que debilita el temor protestante de la deuda. Así, por ejemplo, el automóvil, además de ser un símbolo del consumo masivo, evidencia cómo la tecnología hace evolucionar los hábitos sociales, al posibilitar un mayor acercamiento entre comunidades separadas y al debilitar o eliminar varias prohibiciones propias de la ciudad pequeña, ya que es utilizado por los jóvenes para sus primeros contactos sexuales. El marketing es una de las innovaciones tecnológicas más importantes de la sociedad de consumo, pues la publicidad, con su carácter omnímodo, ha impactado definitivamente la civilización actual; la publicidad es signo de los bienes materiales, el prototipo de los nuevos estilos de vida, es el "heraldo" de los nuevos valores, es la incitación de los deseos y la seducción, es la guía en la transformación de los hábitos: cómo vestirse, cómo decorar el hogar, etc. (Bell, 1982).

[10] A diferencia de la comunicación interpersonal, en la que las funciones de emisión recepción se alternan continuamente, en la comunicación de masas el receptor se encuentra imposibilitado técnicamente para responder al mensaje del emisor. El receptor no puede asumir la función de emisor, no puede rebatir, replicar o contra-informar: no existe más el diálogo. La comunicación de masas se produce en un solo sentido e instaura e institucionaliza el monólogo, la unidireccionalidad del mensaje. Es un proceso de vinculación unilateral del saber entre el trasmisor institucionalizado y un receptor-masa mecánico que sólo recibe datos, sin tener la posibilidad de responder o de ser escuchado. Es pues la comunicación de masas un fenómeno de trasmisión parcial, autoritaria y unilateral de información.

[11] Sobre los efectos culturales de la comunicación de masas mucho se ha escrito y discutido desde aquellas corrientes que la reivindican como factor de "democratización" en el consumo cultural, hasta las que la tildan de ser un instrumento de manipulación y control político y cultural. Y aunque existen algunas constantes en las interpretaciones de la comunicación de masas, es necesario señalar que no hay propiamente una teoría única y acabada lo que tenemos es sólo un conjunto de afirmaciones generales apegadas a la concepción teórica o ideológica de cada investigador. Pese a lo anterior, los esfuerzos en su interpretación avanzan día con día, y cada vez nos acercamos más a una visión objetiva y crítica de la función de la cultura de masas.

[12] Los medios de comunicación de masas poseen el suficiente poder para moldear la mente del público, pues controlan la información y con ella la posibilidad de revelar o de ocultar, de reservarse hasta el momento oportuno y de predeterminedar la interpretación de la información.

[13] La cultura de masas posee las siguientes características: es un proceso unilateral de difusión en el que los consumidores son meros receptores pasivos de un producto acabado; los grupos dominantes controlan las corporaciones de fabricación y difusión de la cultura de masas, por lo que transmiten hábitos, modelos corporales, actitudes, tipos de

belleza, códigos ideológicos y culturales acordes con sus intereses; la cultura de masas es producida por un pequeño grupo de especialistas; su poder de difusión es rápido y masivo, por lo que puede llegar a todas las clases sociales homogeneizando y generando hábitos, modas y opiniones comunes entre ellas; es una cultura orientada hacia el consumo; influye en la práctica de los grupos subalternos al buscar diluir las diferencias culturales y debilitar los nexos de identificación y de solidaridad entre éstos; al reducir la interacción, propicia una actitud pasiva y aislada de un individuo impotente ante las formas culturales que se le presentan como impersonales, poderosas, remotas y, por tanto, infalibles (Margulis, 1984).

[14] En las tendencias y ramificaciones de la literatura sobre la sociedad de masas existen tres diferentes corrientes: 1) la que continúa la tradición de la psicología de las masas (Dean Martin, Wilhelm Reich); 2) la aparición de la investigación científica de la muchedumbre y del comportamiento colectivo, cada vez más liberada de la sociedad de las masas (Neil Esmersen, Robert Park), que anuncia las investigaciones iniciadas en el período de posguerra sobre los medios de comunicación de masas y sus efectos; y 3) la continuación de la tradición de la sociedad de masas propiamente dicha, tanto a nivel general como en varios campos específicos de investigación y especulación (Wilhelm Ropke, Theodor Adorno, Max Horkheimer, David Riesman, Herber Marcuse, Wright Mills, Daniel Bell, etc.) (Giner, 1979).

[15] "Todo conflicto social es un escenario en el cual actúan tres fuerzas antagónicas entre sí: el orden constituido, por un lado; la oposición, que persigue el derrumbe de dicho orden para remplazarlo por el suyo propio, por otro lado; y la tendencia hacia un aumento de la entropía social que genera todo conflicto social. En este contexto, esta última puede ser considerada como la fuerza del caos" Markowitz.

BIBLIOGRAFIA:

Bagdikian, H. (1986), El monopolio de los medios de difusión, FCE, México.

Balestrini, N. (1976), Queremos todo, Flor del Viento, Buenos Aires.

Baudrillard, J. (1978), A la sombra de las mayorías silenciosas, Kairós, Barcelona.

Bell, D. (1982), Las contradicciones culturales del capitalismo, Alianza Editorial, Madrid.

Bell, D. (1985), "Modernidad y sociedad de masas: variedad de las experiencias culturales", en Industria cultural y sociedad de masas, Monte Avila, Caracas, 1158.

Bradbury, M. (1983), Estados Unidos, Edimex, México.

Burgess, E. (1979), "La familia en una sociedad que cambia", en A. Etzioni (comp.), Los cambios sociales, FCE, México.

Canetti, E. (1987), Masa y poder, Muchnik, Barcelona.

Coriat, M. (1982), El taller y el cronómetro, Siglo XXI, México.

Eco, U. (1973), Apocalípticos e integrados, Lumen, Barcelona.

Giner, S. (1979), Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador, Península, Barcelona.

- Goode, W. (1983), Principios de sociología, Trillas, México.
- Gorz, A. (1982), Adiós al proletariado, El Viejo Topo, España.
- Kingsley, D. (1979), "La transición demográfica", en A. Etzioni (comp.), Los cambios sociales, FCE, México.
- Margulis, M. (1984), La cultura popular, Premia, México.
- McQuail, D. (1989), Introducción a la teoría de la comunicación de masas, Paidós, México.
- Morin, E. (1966), El espíritu del tiempo: ensayo sobre la cultura de masas, Taurus, Madrid.
- Ortega y Gasset, J. (1985), La rebelión de las masas, Origen Transversal Planeta, México.
- Pellicani, L. (1988), "Sociedad de masas", en N. Bobbio, Diccionario de política, Siglo XXI, México.
- Prieto, D. (1984), Retórica y manipulación masiva, Premia, México.
- Quesada, R. (1988), "Canneti, vanguardista de la teoría de las masas", en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, oct.-dic. núm. 134, UNAM, México, 195-202.
- Reisman, D. (1971), La muchedumbre solitaria, Paidós, Buenos Aires.
- Salazar, F. (1991), "De la cultura popular a la cultura de masas en México (la ciudad de México en la década de los ochenta)", en Sociológica, núm. 15, UAM Azcapotzalco, México, 187-208.
- Sartori, G. (1982), La política. Lógica y método en las ciencias sociales, FCE, México.
- Schiller, H. (1976), Comunicación de masas e imperialismo yanqui, Gustavo Gili, Barcelona.
- Tönnies, F. (1979), "De la comunidad a la sociedad" en A. Etzioni (comp.), Los cambios sociales, FCE, México.
- Wright, Ch. (1986), Comunicación de masas, Paidós, México.